



Relatos breves de muchas cosas.

ByPils

Sant Jordi.

El próximo domingo será El Día de Sant Jordi.

Me he estado preparando a conciencia en estos últimos meses. Ha sido un entrenamiento muy duro. Casi he llegado al límite de mi resistencia física.

Antes, era el día de los libros y las rosas, pero...ya hace décadas que no existen los libros de papel. Ya no se exhiben los tomos en las calles, en *tenderetes*, como me explicaba mi abuelo. Ahora, se envían los libros por la red. Oyes un leve sonido en tu dispositivo y sabes que has recibido un libro...

Ese día, no paras de oír los *bip, bip, bip*. Libro, libro, libro... Es verdad que ha perdido parte de su romanticismo, pero, la buena noticia es que se sigue leyendo aún después del cambio de paradigma. Sigue habiendo libros, aunque ya no haya celulosa...Y escritores. Muchísimos...

Lo que no hay, son rosas.

Hace muchos años que desaparecieron las flores. Todo empezó con las abejas y su extinción y el resto, ya lo sabéis. Aquí estamos, en un planeta desértico y polvoriento...Esa es la mala noticia.

Aunque, todo ha cambiado en los últimos meses. Se abrió aquella grieta enorme, muy cerca de donde vivo. En las profundidades, se descubrió un asentamiento del siglo XXI. Una de esas casitas, con un pequeño jardín...Y entre los escombros, encontraron unas semillas de rosa en perfecto estado.

Se mantuvo en secreto. El gobierno se llevó las semillas e intentó hacer germinar las rosas sin éxito, pero... allí, dónde estaban los restos arqueológicos, se dejaron una. Una semilla pequeña, oscura y seca. La planté, la regué con la escasa agua de mi racionamiento y, ahora, está a punto de florecer.

El domingo, equipado con mi uniforme de camuflaje, recorreré la calle sigilosa y velozmente, me deslizaré por la grieta e iré a buscar mi rosa.

Será la primera vez en mi vida que vea una...

Me voy

Te envío una foto, ¡Ya verás que bien huele!

Es un mensaje de mi amiga Alicia. Se ha ido a vivir allí donde dicen que ya está llegando el fin del mundo. Ella prefirió mudarse a ese lugar que a los búnkeres anti -todo (contaminación, agentes tóxicos y bacteriológicos, radiación, ondas electromagnéticas, etc., etc., etc....) en los que vivimos ahora los que tememos por nuestra seguridad.

La imagen se descarga en mi dispositivo. Una vez escaneada por los sistemas de defensa del sistema, se me permite abrirla. Hace mucho tiempo que no percibo aromas... Cuando Alicia me envía esas imágenes sensoriales, siento que estoy ante un tesoro. Tenemos tecnología que nos permite que las imágenes transmitan aromas y sensaciones, pero no sabemos cómo salir de aquí...

Pasa el tiempo y seguimos en los búnkeres... De vez en cuando, Alicia contacta conmigo... Aún hay vida, allí, en el fin del mundo. Estoy planteándome abandonar la seguridad de este refugio e irme con ella...

Abro la foto e, inmediatamente, percibo el aroma del romero y la menta. Parece que hay un trazo de orégano, pero es más tenue. Inspiro profundamente. ¡Qué delicia! ¡Y qué preciosas son las flores!

Vuelvo a inspirar. El efecto de aroma en la imagen dura apenas un minuto. Aún no se ha descubierto como hacerlo perdurar... Siento una frágil brisa. Debía haber un poco de viento cuando se tomó la foto...

Cuando ya se ha pasado el efecto sensorial y la imagen es sólo una imagen, he tomado una decisión.

Firmo el alta voluntaria de abandono del búnker.

Me voy, allí, dónde dicen que llega el fin del mundo, pero aún tienen romero, menta y brisa...

Obsolescencia Programada

- . *¿Y con qué criterio colocan los interruptores On/Off?*
- . *Recibimos un listado con el número de serie. No hay un criterio definido.*
- . *Entonces, ¿Quién decide que sean 15, 30, 60 o 80 años?*
- . *Nadie. Los números se generan de forma aleatoria con un sistema de algoritmos que nadie conoce.*
- . *¿Y quién creo ese algoritmo?*
- . *Querido ser humano, eso os lo estáis preguntando desde el principio de los tiempos. Los habéis llamado dioses. A veces son muchos, uno para cada cuestión (guerra, amor, fertilidad, fortuna...). Otras veces, sólo hay uno. Pero no uno para todos, uno y único diferenciado por cada grupo. También, hay quien habla de alienígenas u otras culturas más avanzadas de otros planetas. O del destino. O del karma. Yo no sé quién o qué es el origen. Yo sólo inserto el número de serie en el óvulo fecundado...Y no puedo decirle nada más. Lo siento*
- . *Una última pregunta, por favor. Yo tengo 40 años, ¿me puede decir cuál es mi número de serie?*
- . *Puedo, pero no lo haré. Está totalmente prohibido. Me juego este puesto de trabajo en el que estoy integrado desde la eternidad y sin derecho a ninguna compensación si me despiden. Es más, por este tipo de infracción, se activa directamente el modo Off. Me tengo que ir. Esta conversación puede comprometerme y puedo tener muchos problemas.*

Oigo un chasquido y después, un crujido. La imagen de aquella silueta negra, que me ha parecido un hombre, pero puede no serlo, desaparece de mi campo visual.

Soy periodista. Cuando empecé mi investigación sobre la Obsolescencia Programada, no pensé que las cosas me llevarían hasta aquí. Creamos aparatos con fecha de caducidad programada, pero... ¿En seres humanos? Eso era imposible...

Tras detectarme una lesión cerebral, que me obligó a pasar varias veces por esa máquina de resonancia magnética de última generación que llaman “Disgregación molecular”, empecé a creer en esa posibilidad. Cuando me dieron el alta médica, repasé todas las piezas del informe del neurólogo sin entender nada, pero, en una de las disgregaciones moleculares, pude ver un número de serie insertado en el esfenoides. La imagen era difusa y desapareció con el tiempo, pero memoricé la cifra. Después, tirando del hilo, llegué a la *Deep Web* y, de ahí, a la entrevista con el holograma raro que hablaba como yo.

Mi Obsolescencia Programada me da poco margen, así que me dedicaré a divulgar lo que he descubierto a ver si alguien me ayuda y se puede llegar a dónde sea que se crean los algoritmos.

Tengo dos años...



22011977.17052019.42

Custodiamos lo que importa.

Se lo voy a explicar muy claramente. No queremos caer en los errores del pasado: nuestros clientes tienen que saber qué es lo que firman...

En este Banco el 95% de operaciones son ingresos. El 5% restante son, como no, los reintegros. Son muy pocos los que los sacan... Se preguntará *¿Y cómo hacen para poder almacenar tanto?* Esto es lo mismo que ha pasado con el dinero: dejó de utilizarse el papel y las monedas. Actualmente, todo el dinero es digital, bits de información que se mueve por circuitos encriptados en la nube. No está en ningún sitio. Es una entelequia con un valor determinado.

A nosotros nos pasa lo mismo: lo que aquí guardamos es una porción de información cifrada, que, antes, claro, hemos extraído del cliente. Eso sí, hay que dejar claro que el cliente nos paga, con la susodicha *entelequia dineraria*, para que la custodiamos. Y, no lo voy a engañar, hacer un depósito en este Banco es caro. Y dependiendo del tipo de depósito, la cosa se encarece más. Mire, estas son las tarifas. Pregunte lo que quiera, si no entiende algo o tiene alguna duda.

Sí, *la extracción* está incluida en la tarifa. Piense que le libera del depósito que pasa a estar bajo nuestro cargo.

Por supuesto, es un proceso totalmente indoloro. Y si desea un reintegro, aunque ya le digo que no es lo habitual, la restauración también es rápida y fácil.

¿Qué si se muere? Si, mire en la página nº 5.

En caso de defunción, puede elegir dos opciones: 1) liberalizar el depósito para los herederos designados o la extinción inmediata. El depósito se elimina, sin dejar rastro.

¿Lo quiere hacer? ¡Perfecto! Me alegra que haya confiado en nuestro banco. Ha tomado la decisión acertada. Le aseguro que este es el único lugar del mundo dónde se guardan los secretos con total seguridad.

¿Cuál es el suyo? Lo digo para ir calculando la tarifa de custodia...

La última patata de la tierra

— ¡Corre! —Soltó sin preámbulos, casi sin aliento.

No le hice caso. Estaba a punto de comerme la última patata de la tierra...

El 23 de marzo se anunció, oficialmente, el éxito del primer viaje a un exoplaneta muy similar a la tierra, descubierto tres años antes por los miembros del Proyecto Carmenes en Calar Alto. Unos días antes del anuncio, mi amigo Alf, el que se fue a trabajar al Banco Mundial de Semillas de Svalbard en Noruega, me había enviado un paquete por mensajería urgente.

La caja contenía semillas de Patatas de la Vall de Camprodón y una nota manuscrita. El mensaje era muy breve: "Aprovecha para degustar las últimas."

Alf sabía que me encantaban las patatas mucho antes de la plaga que acabó con la producción mundial de todo tipo de tubérculos. Se había convertido en un manjar extinto... ¿Por qué me enviaba esas semillas tan valiosas? Todos sabíamos que el Banco de Svalbard estaba fuertemente custodiado... ¿Por qué me instaba a plantarlas? ¿No sabía que era delito?

Y... ¿Por qué "las últimas"?

Tres meses después de recibir ese paquete, estoy a punto de comer una de las últimas patatas del planeta. De las originales, de las de verdad, de las de antes de la gran plaga... La planté y la he cosechado yo misma. A escondidas. Infringiendo la ley...Y, sí, tengo las respuestas a todas mis preguntas.

Nadie pensó que todo iría tan rápido. Por lo menos, ninguno de los seres humanos de base. Nadie creyó los informes de aquellos científicos... Décadas, sabiendo que el crecimiento del planeta no era sostenible. Demasiados carburantes, demasiadas emisiones, demasiado consumo, demasiado plástico, demasiadas personas...

Todo se precipitó... Como cuando algo cae al vacío, sin más parada posible que el impacto contra el suelo... Ese era el camino de la humanidad.

El día en el que se reunieron todos los dirigentes del planeta en una cumbre de urgencia, fue cuando fuimos conscientes que ya hacía dos siglos que hablábamos del “Cambio Climático”... Dos siglos sin hacer demasiado o nada para parar la caída...

Y es que “El Cambio” sucedió de forma gradual. Las estaciones frías empezaron a acortarse, el calor fue aumentado al igual que la ausencia de lluvias. Lo vivimos con una cierta desidia: mejor librarse del frío invierno y vivir nuestras eternas primaveras, abarrotando las playas, surcando los mares en cruceros masivos, visitando ríos que se iban secando y valles que se iban marchitando. La introducción de semillas transgénicas, modificadas para las nuevas condiciones climáticas, tampoco supuso ningún problema. Ya lo estábamos haciendo hacía años... Todo era rutinario, conocido, poco alarmante.

Y la tierra se nos reveló. Las temperaturas subieron y subieron y subieron...

Abro la patata cocida con mucha delicadeza. Le pongo una pizca de sal y otra de pimienta negra, recién molida. Aún conservo un frasquito de aceite de oliva no transgénico que he escondido durante un par de años para una ocasión especial. Esta se lo merece. Vierto un fino hilo del oro líquido sobre la patata...

¡Qué bien huele, por Dios!

Antes de dar el primer bocado, mi vista se dirige al horizonte. El cielo está plagado de luces. Hay muchas... Parecen estrellas fugaces pero son de color rosado y serpentean en un cielo anaranjado. Son las naves del Gran Éxodo desapareciendo de la atmósfera terrestre.

Los que nos quedamos aquí, no sobreviviremos. Los que se van hacia esa nueva tierra, no han aprendido nada.

— ¡Corre! —Mi vecino está ya en las escaleras, con una mochila colgada al hombro. -¡Podemos hacerlo! ¡Estamos a media hora de la base de lanzamiento!- Oigo gritos, pasos, carreras... Todos intentan llegar a las últimas naves con plazas disponibles.

Miro la patata humeante y le digo que me quedo...

Lloro.

Lloro de emoción.

La última patata de la tierra está divina...

La sala de personajes no publicados.

¡Joder! ¡Qué golpe!

Me levanté de la silla y me masajeeé los riñones. También me dolía el culo. El coxis, para ser más exactos... ¿Qué había pasado?: estaba tranquilamente en mi casa, escribiendo, cuando una fuerza desconocida (y mucho me temo que sobrenatural) me succionó. Sentí que volaba a través de un túnel de luz y aterrizaba, violentamente, en el suelo de una sala...extraña.

Al recordar el “Túnel de luz”? pensé : “ El f-a-m-o-s-o túnel.” ¡Estaba muerto!

Pero no. No lo estaba...

Observé la sala en la que había aparecido como por arte de magia...Sillones confortables, mesas y sillas como si de una cafetería se tratase. Al fondo, una barra que me atraía como un imán. A medida que me iba acercando veía la fruta fresca, chocolate, bombones, croissants y galletas que olían como si estuvieran recién horneadas. Cogí una y, efectivamente, aún estaba caliente...Localicé una cafetera automática que me hizo un cappuccino delicioso en menos de 30 segundos... Aún estaba paladeándolo cuando entró una chica muy sonriente.

-. ¡Hola! ¿Eres nuevo, ¿no? Nunca te había visto por aquí. Soy Feli. ¿y tú?

Me sorprendió el tono cantarín de su voz y me atraganté al intentar contestar.

–Err...Me llamo James, James Müller.

-. ¿Acabas de llegar?

-. Sí y...No sé dónde estoy...

–Tranquilo, es normal. Nos ha pasado a todos.

– ¿A ...todos? ¿Quiénes sois?

-. Somos los **personajes no publicados**. Aquí es donde nos envían, mientras el autor piensa que hacer con nosotros.

– ¿Me estás diciendo que yo soy un personaje de... ¿de qué?

-Mira, lo pone en tu ficha. Léelo aquí. – Me señaló una pulsera que colgaba de mi muñeca. No me había dado cuenta que la llevaba. – ¿Qué pone?

– *Protagonista principal. Novela “La increíble historia de un escritor sin historias” de Bypils. Inicio Noviembre del 2015. Inconclusa. En estos momentos en estado Inactivo.* - Lo leí como sin creérmelo. Es más, aún hoy me cuesta creérmelo...

– Uf! “Inactivo”. Eso significa que, de momento, te vas a quedar aquí por un tiempo. Yo de ti, me pondría cómodo. Igual te sacan un día, o dos, pero volverás...

Ya han pasado quince días desde que tuve esta conversación con Feli. Ella es la protagonista de un relato corto que se ha quedado en un cajón sin terminar. Es una mujer absolutamente feliz. Tan perfectamente feliz que el gobierno la ha secuestrado para analizar qué es lo que la hace diferente del resto de seres humanos adultos. Me comenta que en los últimos párrafos que había escrito el autor, estaban a punto de hacerle una biopsia de cerebro así que estaba encantada de estar en la *Sala de los Personajes no Publicados*. Es un placer estar con ella. Envidio su permanente estado de felicidad...

También me he hecho amigo del protagonista de una novela romántica que se vio confinado aquí el día al que la autora la abandonó su pareja. Es un hombre guapísimo y muy educado, pero con un *punto salvaje*, según su ficha. Feli dice que es el típico “chico-malo” que no lo es. Se llama Fabio y pudo ser el famoso Grey. Una pena que se le adelantaran...

Pero no todo es tan fantástico por aquí. También hay un tipo muy grande, de nariz torcida que es un personaje secundario de una novela de terror. El problema es que el autor murió antes de acabarla y nunca se llegó a publicar y el tal *Teodoro Meat*, se pasea por aquí, alardeando de que es capaz de descuartizar un cuerpo humano a cuartos, en menos de una hora. Va ataviado con un horrible delantal de cuero, manchado de sangre... Es un *personaje* – estereotipo, pero de los malos...

Feli me dice que, en esta Sala, los personajes no están activos así que Teodoro no puede hacerme nada, pero, aun así, me asusta.

La verdad, prefiero volver a la novela. No sé si la autora esta, Bypils creo que se llama, se dignará a continuar con su historia, pero, me temo, que empieza a ser una cuestión de vida o muerte.

Diga lo que diga Feli, ese tal *Teodoro Meat* me mira muy intensamente...

Con las gafas puestas.

Nadie sabía qué tenían aquellas gafas. Sí, eran especiales. Hechas a mano y de diseño atrevido con montura de madera de boj. Los cristales, tintados con una fórmula secreta, eran de un tenue tono rosado... Tras la aparición de una foto en Instagram de una *It Girl*, en la que la chica posaba con las gafas y los morritos fruncidos (y esa V de victoria con los dedos que ponen siempre), el fabricante de las gafas se vio desbordado de pedidos.

Y mira que él iba haciendo. Sin prisa, pero sin pausa. Unas 5 gafas al día... No necesitaba más para que su pequeña tienda, en el *Eixample* de Barcelona, sobreviviera en estos tiempos de marcas fastuosas y macro tiendas tipo templo...

Durante mucho tiempo sólo algunos sabían lo que podían hacer aquellas gafas. Ahora, por culpa de la *influencer*, era de domino mundial. Aquel objeto, a caballo entre el diseño vanguardista y un producto artesano, te hacían ver la belleza de la vida... No el típico cuento del “color de rosa”. No. Era algo más exquisito, más trascendental...

Cuando te ponías aquellas gafas, el cielo se veía más azul, casi comestible y te conducía, irresistiblemente, a inspirar profundamente y a sonreír. Con las gafas puestas, te sentías agradecido de estar vivo, sintiéndolo como un inmenso privilegio y no como un derecho adquirido. De repente, por tu lado pasaba un niño de la mano de su madre y te miraba y te sonreía y esa sonrisa, con las gafas puestas, se convertía en un regalo maravilloso. La mariposa de mil colores que se posaba en la rama de un árbol en plena calle la veías con un *zoom milagroso*, con las gafas puestas... Cualquier pequeño detalle del entorno, lo más simple, se convertía en una dosis de belleza exquisita...

Con las gafas puestas...

Como en las grandes historias, los dueños de una multinacional con tropecientos mil tiendas de gafas repartidas por el mundo visitaron al artesano. “Queremos la fórmula” - le dijeron “Le pagaremos lo que quiera” pero el creador de las gafas no sabía de qué le hablaban. Él había mostrado al mundo como hacía sus gafas, que productos utilizaba en todo el proceso, proporciones exactas y metodologías, pero... sólo sus manos producían la alquimia mágica para que las gafas te mostraran la vida en todo su esplendor...

La pequeña tiendecita se llenó de gente, la venta on -line crecía sin parar...
Unos señores, vestidos con un traje negro, no dejaban ni a sol ni asombra al pobre artesano...

Un día, la tienda amaneció cerrada, con un letrero pequeño en la puerta:
Vacaciones Indefinidas. Nadie supo decir cuando se había ido ni a dónde...
Dejó unos paquetes con gafas de regalo para sus vecinos y sus amigos del barrio y nunca más se supo...

Pienso en ello mientras escribo este post. Entra la brisa por la ventana y veo los árboles, meciéndose al ritmo cadencioso de este viento suave. El verde es muy intenso y oigo a las hojas, bailando... ¡Oh! Un pajarito se posa en una rama... El canto es precioso y también, esos toques rojizos de las plumas de sus alas...

Dicen que te lo puedes encontrar en mercadillos, de los de artesanía, en pueblecitos pequeños de aquí y de allá... Aún hay gente que puede comprar las gafas y con ellas puestas, tener el privilegio de “ver” la vida...

Los hombres de negro, lo siguen buscando... Si alguien lo encuentra que no lo delate. Es más, que no dude ni un segundo en comprar una de esas gafas...

Yo ya tengo las mías...

Thriller floriográfico

Flora observó aquel extraño ramo que acababan de entregarle en mano: suaves *adelfas* blancas y el azul intenso del *acónito*.

La composición era muy bella pero, a simple vista, no sabía descifrar el mensaje de tan precioso regalo. Esta vez, él se había superado. El ramo iba acompañado de una caja dorada en la que descubrió unas apetitosas galletas "*Hechas con los pétalos de estas Flores.*", decía la nota.

Al principio, le hizo mucha gracia eso de la floriografía. Un medio de comunicación, un lenguaje secreto...con flores. Flora se quedaba embelesada con las disertaciones sobre flores. A él, lo conoció en una presentación de la reedición del libro de 1819 de Charlotte de la Tour "El lenguaje de las flores", un libro que recogía el código de significados de la época Victoriana. En esos tiempos, se utilizaban las composiciones florales para expresar sentimientos .No sólo amorosos, también los había de traición y venganza(si te entregaban una flor boca abajo, por ejemplo). También había códigos en la forma de coger el ramo que te entregaban y si lo hacías con la mano izquierda, significaba que, lo que decían aquellas flores era rechazado .Esos aspectos no interesaban demasiado a Flora. Se sentía aliviada de que el ramo se lo entregara un mensajero porque con lo despistada que era...

Después de aquella tarde en la que se descubrieron el uno al otro, fueron muchos los ramos y muchas, las flores recibidas (y descifradas)

Amarilis: "Espléndida belleza"

Clavel Rojo: "Mi pobre corazón"

Rosa Arrepollada: "Vengo como Embajador del Amor"

Rosa Blanca: "Soy digno de vos"

Rosa Amarilla: "Estoy celoso"

Violeta Azul: "Seré fiel"

Y... Si! Rosas Rojas : "Amor apasionado"

Los mensajes se sucedían y Flora sentía que su amor por el florógrafo, florecía cada día...

Se había quedado prendada de aquel último ramo, pero también de las galletas. ¡Qué delicia! No podía evitar comer, una tras otra, deleitándose en cada mordisco.

Sintió que su corazón se aceleraba. ¡Ay! ¡El amor! Se aceleró más y un poco más, más y más y más y... se paró.

El Inspector Florencio Floríndez observó la escena del crimen.

Encontraron a Flora, desvanecida en la cocina. Fue demasiado tarde. A su alrededor, se arremolinaban unas flores rosas y azules, como si Flora las hubiese querido coger en el último momento, arrastrándolas consigo, hacia el suelo.

En su mano, una caja de galletas. Ya vacía, claro.

El inspector Florencio Floríndez suspiró, derrotado. Abrió la bolsa de pruebas y recogió las muestras de las flores venenosas...

El *Asesino de las Flores* había actuado de nuevo.

NB : Adelfa y Acónito. Las hojas, ricas en sustancias digitálicas, provocan arritmias y taquicardias.

Aire

La tienda es muy aséptica. Todo es blanco y está lleno de estanterías dónde están todas esas botellas de cristal azul. Tengo hora reservada. No hay esperas... A los pocos minutos de entrar por la puerta, estoy estirada en una cómoda camilla. Tengo una mascarilla colocada en la boca. Algo sujeta mi nariz... Oigo la voz del chico que me ha acompañado hasta allí: *expire, inspire...*

Una leve señal acústica, me indica que ya hemos acabado. Me piden que me espere unos minutos. El chico aparece con una *tablet* en las manos: *le voy a comentar los resultados.*

Me enseña un gráfico: 75% Barcelona ciudad, 10% Litoral Garraf, 5% Alt Empordà, 5% Litoral Costa Brava, 3% Pirineo de Huesca, 2% Sin determinar.

Como sabe, en Barcelona hay una cifra de dióxido de nitrógeno, muy superior a la que recomienda la OMS por lo que tendrá que utilizar nuestros aires más puros para neutralizarlo.

Los aires más limpios de importación que podemos ofrecerle hoy son : Tallín , Whitehorse, Sidney y Honolulu. De producción nacional, tenemos Arrecife, Marbella y Badajoz.

Me decido por un 70% Arrecife y un 30% de Honolulu.

Nunca pensé que *cambiar de aires*, tuviera un efecto tan rápido.

Cuando salgo de la tienda, me siento llena de energía. Nueva por dentro... Limpia.

Rosa

Tengo un pincel.

Ni recuerdo como llego a mi bote de cristal, en el que están todos los pinceles viejos... Este pincel es... peculiar.

Todo lo que pinta, lo hace de color de rosa... No importa que tono elijas: blanco, azul, incluso negro. El pincel sólo pinta de rosa... Al principio, claro, sólo lo utilizaba para pintar. *¿Para qué más vas a utilizar un pincel, no?*... Pero un día, apareció encima de mi cama. *¿Cómo?* Eso ya no lo sé...

Lo cogí para dejarlo en su lugar y se me cayó al suelo, encima de mis zapatos. Entonces, mis zapatos se volvieron rosa. No quería creer que había pasado lo que habían visto mis ojos. No podía creerlo... pero sí, mis zapatos eran de ese color.

Miré el pincel y me acerqué al vestido de tul blanco que colgaba de una percha. Le di un toquecito con el pincel y... rosa.

Pensé que eran imaginaciones mías y quise... aclararme. Me dirigí al salón. Allí, en el sillón descansaba la colcha de ganchillo que me había hecho mi abuela. Era de un color crema, desvaída por los años. *¿Y rosa?* —pensé...

En la cocina, había dejado unos sorbetes de limón, para que se atemperasen un poco. *¿Pruebo?*

Y tenía una rodajita de limón para decorarlos... *Venga.*

El pincel lo pintaba todo de rosa... Pinté la cama, el iPad, la televisión, el microondas, mi pelo, mi piel... Y, entonces, se me ocurrió una idea maravillosa.

¿Por qué no pintar mi vida de rosa?

Y lo hice pero... nadie me creyó. Nadie. ..

Sí, soy esa mujer que va vestida de rosa y que lleva un pincel en la mano que no suelta jamás. Tengo ilusiones y expectativas. Soy optimista. *Todo irá bien, ya lo verás...* Siempre sonrío, me paro a deleitarme con los pequeños detalles de la vida y es posible que, si me dejan, hasta les dé una pincelada de rosa.

Ahora, estoy aquí...Cuatro paredes blancas y acolchadas pero...son blanditas y eso está bien....Y me han dejado quedarme con el pincel. He oído como susurraban que no se puede considerar una herramienta peligrosa. ¿Peligroso un pincel que lo pinta todo de rosa?...¡Vamos, hombre!

Y ahora que me miro esta habitación, mejor que le de un poco de color. Esto lo soluciono yo con cuatro pinceladas y, de paso, también pintaré esta camisa de rosa aunque...me va a costar un poco más, con las manos atadas a la espalda...

Final Optativo (rosa)

Nadie sabe cómo ha podido pasar. Se ha prohibido hablar del incidente pero todos saben que la habitación de aislamiento ha amanecido de color rosa. La camisa de fuerza, del mismo color, estaba tirada en el suelo, en un rincón, al lado del dibujo de una puerta...también rosa. La mujer, la que llamaban “La del pincel”, había desaparecido.

Allí, no había nada más.

Ni nadie.

Día Mundial de Saltar Encima de Las Cosas

Te lo voy a explicar ya que hoy es el Día Mundial de Saltar Encima de Las Cosas pero... no se lo digas a nadie. ¿Vale?

Cristina me dijo, en nuestra tercera cita, que tenía una afición que no desvelaba antes, para no ahuyentar a sus posibles conquistas. Resultó que su *afición* era visitar a un adivinador, una especie de gurú, que era su guía espiritual. Tampoco es que me entusiasmara la idea, pero, puestos a esperar cualquiera de esas cosas que acaban en “filia”, el adivinador-gurú me pareció un mal menor.

Recuerdo que no pensé lo mismo cuando me vi, sentado en aquella incómoda silla, delante de una mesa llena de ángeles, velas y plantas y con aquel tipo moreno, mirándome fijamente a los ojos. Tras un intenso momento de silencio atronador y ni un pestañeo, el adivinador sonrió y le hizo un gesto afirmativo a Cristina. Ella, suspiró aliviada. Antes de irnos, quiso hacerme una sesión a solas. Ya no me hablaba, susurraba. *“Mira, me caes bien. Te voy a dar el poder del “jump” Hace tiempo que tengo pendiente otorgarlo a un elegido y no lo encuentro. Te lo voy a dar a ti”*

¿Jump? ¿Poder? Confieso que, en ese momento, estaba tan sorprendido que ni me di cuenta que el tipo entonaba un cántico y después, tiraba del dedo meñique de mi mano derecha. *“Cuando quieras saltar, levantas el dedo meñique y harás un jump.”*

Salí de allí muy confuso. Quise olvidar esa experiencia lo antes posible y así lo hice. La borré de mis recuerdos... Con Cristina, las cosas no funcionaron. Lo dejamos el día en que me negué a visitar al gurú de nuevo... Ese mismo día, por eso, hice un *jump*.

Iba caminando al trabajo porque era el *Día de Ir Andando Al Trabajo*. Cuando llegué a la calle por la que atajaba el camino, me encontré con un gran *container* lleno de escombros de demolición de un edificio. Seguir la ruta normal me hubiese supuesto llegar tarde a la oficina así que, sin pensarlo, me acaricié el dedo meñique de la mano derecha. Y, después, lo levanté. Se me antojó como una mini-peineta al obstáculo... Y, no sé cómo lo hice, pero, de repente, me encontré al otro lado del *container*. Había saltado por encima, sin enterarme...

Me temblaban las piernas. Me seguía acariciando el dedo meñique... *¿Había saltado por encima del container?* Miré alrededor buscando otro obstáculo que saltar mientras me aseguraba que no hubiese nadie observándome. *¿De verdad, había saltado esa enormidad de hierro llena de escombros?* Entonces, vi aquel coche, aparcado de tal forma que me permitía intentarlo otra vez, sin despertar sospechas... Levanté el dedo meñique y *¡jump!*, salté por encima...

Desde ese día, no paré de saltar. Siempre con cuidado de que no me descubrieran, salté por encima de montañas, lagos, edificios, puentes, ... Una maravilla...

o volvía a ver al gurú. Lo busqué, pero nunca lo encontré. Se lo había tragado la tierra. Ni siquiera Cristina sabía dónde estaba y lo había sustituido por una anciana que le preparaba tisanas personalizadas. Nunca pude agradecerle que me hubiese otorgado ese *poder* tan especial y es que, con el tiempo, descubrí que había algo más...

Fue por casualidad, en una comida familiar. Mi madre, parloteaba. Mi cuñada, hacía los ecos. Que si no te casas, que si no me darás nietos, qué que me pasó con Cristina, que si había otra, que sí... Levanté el dedo meñique y... Seguía sentado en la mesa, comiendo con mi familia, pero estábamos hablando de política y de las pensiones. De mi situación personal, de los temas espinosos, nada de nada...

Lo puse en práctica con temas más peliagudos y con personas más complicadas: mi jefe, mi vecino, Cristina, mi hermano, compañeros de trabajo, amigos... A la que la conversación tomaba un tono desagradable, tedioso, molesto, poco interesante o, directamente acusador, levantaba el dedo meñique y me saltaba todo ese torrente de palabras tóxicas. Sin más.

"Saltarme" todas esas conversaciones, me convirtió en una persona más feliz. Sí, estoy seguro que pensaras que, también, en un ser muy egoísta... Todo lo que me molesta, me lo salto, pero... una vez empiezas, no puedes dejar de hacer *jump*.

Te hablo desde China. ¡Sí! Estoy a punto de saltar por encima de la Gran Muralla. Con el tiempo, he ido perfeccionando mi técnica y me he pedido una excedencia para poder ir a *saltar* por todo el planeta. ¿Qué dices? ¿Qué me lo estoy inventando todo? ¡Mentiroso, yo?

Pues mira, mira mi dedo meñique.

¡jump!

Curiosidades (de Wikipedia): En **China** se considera vulgar el levantar y enseñar el dedo meñique a otra persona de la misma manera que en la cultura occidental se juzga como vulgar o agresivo mostrar el dedo medio.

En **Japón**, tener levantado el dedo meñique al hablar sobre dos personas significa que ellas están vinculadas sentimentalmente. Este gesto es considerado anticuado y vulgar, sin embargo en ciertas escenas *anime* se lo usa intencionalmente.

En **Norteamérica**, llevar un anillo en el dedo meñique posee un significado simbólico. El dedo meñique es el dedo de las relaciones, y por lo tanto llevar un anillo en él es indicación de que uno es abierto y cariñoso.

En **India**, levantar el dedo meñique es una señal de “katti” o amistad rota, un signo de que alguien está enojado, o una sugerencia en tono de broma de que la persona que le muestra el meñique a uno no desea hablar con usted.

Soy Comerciante.

Soy comerciante. Un vendedor ambulante. Llevo una bolsa llena de mi mercancía, colgada al hombro y me muevo por las calles de tu ciudad. De cualquier ciudad... El material que vendo es de primera calidad. Para consumir en el momento preciso, justo en ese instante.

También compro. Cuando a alguien le sobra, le hago una oferta y si nos interesa a los dos, adquiero el producto.

Ahora voy a comprar. Son de dos amantes, que se acarician el rostro y se besan con delicadeza. Se están mirando a los ojos. *Les sobran las palabras* y estas son de primera: Amor, Cariño, Pasión, Compromiso, Compañía, Viaje, Amistad, Lealtad, Respeto, Gratitud... Las compro todas.

Es una buena inversión y la amortizo con rapidez. Tengo un cliente al que *le faltan las palabras*. Lo estoy oyendo: "No tengo palabras para agradecer...". Está en una fiesta, un homenaje o un cumpleaños, creo. Voy para allí con mi mercancía.

Seguro que tengo alguna palabra de calidad para él. Una "Inefable" recién comprada...

Soy comerciante.

Compro y vendo palabras. ¿Tienes alguna que me interese?

Oigo mi móvil.

Es de la consulta.

El Asesino de las Flores.

Al principio, hasta sentíamos simpatía por él. Las agresiones se centraban en pintadas en las fachadas y puertas. Se publicaban proclamas en Twitter y en blogs y hubo quien las hizo virales. Había una cierta lógica en lo que se decía...

“Sois vosotros los que no lo veis. Estáis ciegos. Totalmente ciegos. Sois cómplices de esta barbaridad. Y culpables. Exhibís los cadáveres y os da igual. Sólo os interesa que todo “esté bonito”... Imbéciles. Malvados. Sois seres repugnantes...”

Yo mismo, dejé de comprar flores...pero su locura fue avanzando a medida que conseguía más impacto social. Supongo que ese fue el detonante para que su *manía* se convirtiera en una psicopatía grave. Se volvió loco...

(...)

Estamos trasladando al *Asesino de las Flores* del juzgado al Hospital Psiquiátrico dónde pasará el resto de sus días. Lleva una camisa de fuerza y está esposado y con los tobillos encadenados, pero se nos ha olvidado taparle la boca. No para de vociferar. Ni las mamparas de seguridad de la furgoneta policial, consiguen amortiguar sus gritos. Mi compañero sube el volumen de la radio para no oírlo. Hay un atasco en la salida... Tenemos para un rato...

“No me arrepiento de nada. ¿Qué no os dais cuenta de que son seres vivos? Nacen, crecen, se alimentan, se reproducen... ¿Os gustaría que os dejaran sin nutrientes hasta marchitar lentamente y morir? Se mueren...Las matáis... ¡Sois vosotros los que deberíais estar aquí!”

Es un hombre muy grande. Sólo su dimensión ya da miedo...Asesinó a los propietarios de siete floristerías de la ciudad, estrangulándolos con esas manazas que imponen hasta esposado. Dice que matamos las flores...Dice que las amputamos de sus raíces, desde las que absorben sus nutrientes y las dejamos morir en un jarrón, con la única justificación de que es “ornamental”. Dice que alteramos la cadena trófica. Dice que los asesinos somos nosotros...

Respiramos aliviados cuando lo dejamos a cargo del personal del pabellón de alta seguridad del hospital. Su mirada, al bajar del furgón, nos hieló la sangre. Este tío es un asesino que ha matado a siete personas. Una de ellas, Juani, la propietaria de la floristería del barrio.

Cuando nos estamos alejando, oímos sus gritos desgarradores. Son como un trueno...

(...)

A los pocos días, nos enteramos de que ha muerto... ¡Qué ironía! Las enfermeras intentan humanizar el ambiente del psiquiátrico y ponen un jarroncito flores en todas las habitaciones. Eso es lo que se encontró el Asesino de las Flores cuando entró en su celda. Al ver las margaritas, le dio un infarto. Los médicos no pudieron reanimarlo.

De camino a la comisaria, acabando ya nuestro turno, le pido a mi compañero que pare en la Floristería Juani y compro un ramo. Hemos creado un fondo común.

Antes de dejar el coche patrulla, aparcamos en el Cementerio. Las cenizas del *Asesino de las Flores* están en un columbario municipal. Nos acercamos hasta allí. Mi compañero no puede evitar escupir sobre la losa de cemento. No hay ninguna inscripción, pero nosotros sabemos que está ahí.

Dejamos el ramo de flores en su tumba.

Las horas contadas.

Rescato este relato otoñal, aunque no parezca otoño...

Las horas contadas.

7:00 am

Camino hacia la panadería que hay a cinco manzanas de mi casa. El pan es artesano, hecho con horno de leña... Parece pan de verdad, de esos que no adquieren la consistencia de goma a las tres horas de haberlo comprado...

El paseo es relajante. Lo necesito. No hay forma de que se calle.

Últimamente, no duermo bien. Doy tantas vueltas, surcando todos los rincones de la cama, que acabo levantándome... Veo la tele, escribo, leo, me preparo una infusión relajante... Transito en la noche...

Por lo menos, lo que me *cuenta* en el paseo, es agradable y me hace olvidar que me estoy volviendo loco...

La calle, tan bella, engalanada con farolillos y árboles frondosos. Los bancos de madera, envejecidos por el uso... Las hojas, desmayadas en el suelo. A veces, danzando con el viento. Arremolinándose... Al caminar, un delicioso crujido anuncia que el otoño ya está aquí y, a lo lejos, como intuyéndose, ese bendito olor a pan, calentito, recién hecho...

7:30 am

La puerta de la panadería, se abre al compás de un tintineo delicioso. Hay unas campanitas colgadas en la parte superior, que avisan de la entrada de la clientela. Tras el suave repiqueo, llega el aroma. No sólo hay pan. Se abre una puerta y, por el aire, se esparce el azúcar. Huele a dorado, con mantequilla y nata...

El pan está ordenado por tipos, en unas preciosas cestas de mimbre. Hay con nueces y pipas, rústico, integral... Y... Ciabatta, suave, ligero, con mucho poro y corteza crujiente. “

La chica que atiende en la panadería es muy agradable aunque no para de hablar. Desde que han sonado las campanitas hasta este mismo momento, no he podido decir más que “*Buenos Días*”. Mientras pone mi *Ciabatta* en una bolsa de papel *kraft*, me explica que un vecino, conocido común, está muy enfermo. Y, entonces, me dice: “***Tiene las horas contadas***”.

Y yo pienso, que no digo porque no puedo, “*Yo también tengo las horas contadas*”.

Camino, ya de vuelta. Escojo otra ruta. Por lo menos, lo que me cuente será diferente. Variado.

Tomo el camino más largo, el que atraviesa la pequeña plaza, donde montan el mercado semanal.

8:00 am

Hoy, es día de mercado.

Los tenderetes están perfectamente situados, en cinco líneas rectas y paralelas. Cada uno tiene una forma diferente. Los colores de las verduras las frutas y las hortalizas, dibujan un estampado espectacular. Perfectas pirámides de tomates y manzanas. Apilamiento simétrico de lechugas y espinacas. Ristras de naranjas y limones. Cestas llenas de setas. Precioso.

Pronto serán las ocho. Ya se acaba esta hora y...vendrá otra. Y otra, otra. Y todas, cada una de ellas, me serán contadas por esa voz que oigo en mi cabeza, volviéndome más loco.

He intentado lo de las *horas muertas*, a ver si así se calla pero...me cuenta esa hora muerta de no hacer nada con todo tipo de detalles: “*Estirado en el sofá, mientras el aire se desliza por la ventana entreabierta. Se oyen las risas de los niños que juegan. Más allá una alarma insistente. Una mosca vuela bajo, buscando alimento para su prole. Se detiene en un vaso con restos de Coca Cola. bla, bla, bla...*”

No hay forma de acallar a ese narrador que sólo oigo yo. Siempre. Hasta los sueños me cuenta...

Será por horas...Horas bajas...

Y cuando oigo eso de “*Tenerlas contadas*”, pienso en las ganas que tengo que llegue *la última*. Esa hora finita, que liquida la vida y aporta, al fin, el silencio.

La hora tras la que ya no habrá más horas...*contadas*.

Alquiler.

Tanto decirme que vivo en las nubes, he decidido ir a una *inmobiliaria de nubes* para ver que tienen disponible de alquiler.

No lo tengo fácil. Cada vez más gente se va a vivir a las nubes y los precios van al alza a una velocidad vertiginosa.

La compra está descartada. No se puede comprar una nube. No hay manera de ponerla en el catastro ni de ubicarla en el mapa y entonces, no se pueden cobrar impuestos así que sólo hay de alquiler y del llamado “turístico” por días e, incluso, por horas.

Me parece que me voy a elegir esta gordota de la derecha. Tengo una vista espectacular del cielo azul, sin otra nube indiscreta que me incordie...

Flushhh.

Hoy, al llegar a casa, me he llevado un susto tremendo.

¡He encontrado un extraterrestre en mi jardín! ¡Sí! Un alienígena de los típicos: de color verde con su antenita y tres ojos.

He gritado tanto y tan fuerte que el que se ha acojonado ha sido él. Mientras yo desplegaba todo el repertorio de gritos de cuando estoy histérica (desde *uh, uy, ay, hasta madre-del-amor-hermoso*), el extraterrestre se ha ido replegando en sí mismo, hasta formar una bola compacta de color verde... En esta fase, me he quedado muda de golpe. He oído un sonido electrónico como deslizante y de lo alto de la bola, ha emergido un palo verde con una banderita blanca.

Cuando he decodificado correctamente el mensaje – cuando estoy gritando eso de *madre-del-amor-hermoso* mis neuronas parecen desconectarse-me he calmado y me he acercado a la bola . Nos hemos observado, la bola y yo, mutuamente. Tras unos tensos minutos, la cosa esa se ha descompactado y ha vuelto a aparecer el típico alienígena de antes.

Me he armado de valor y le he preguntado también lo típico: *qué quería y de dónde venía*. También tenía preparada la siguiente pregunta *¿Había otros como él colonizando la tierra sin que lo supiéramos?* pero no me ha dado tiempo de formularla.

El extraterrestre me ha explicado que quería irse pitando de aquí. No he entendido el nombre del planeta del que venía. Me es imposible reproducirlo fonéticamente pero sonaba como *Flushhhh*. Como en las pelis de extraterrestres, nos entendíamos telepáticamente, sin necesidad de conocer los respectivos idiomas, cosa que debo decir que es la mar de cómoda.

Esta cosilla verde, se vio expulsado de su nave por un error técnico, atravesó la estratosfera y cayó aquí. El aterrizaje se produjo en medio de una manifestación. La gente, además de banderas de diferentes colores, llevaba cacerolas y cucharas en las manos. El nivel de decibelios lo dejó aturdido. Intentó buscar otro lugar pero, lugar en el que caía, lugar en el que había alguno de esos eventos masivos: en lucha por algo. Por defender a los unos y a los otros, por condenar a los unos y a los otros, por la ineptitud de los unos y los otros, por la corrupción de los unos y los otros... Al final, exhausto, había encontrado este pequeño rectángulo de hierba (esta es la definición que hizo de mi jardín) y se había posado aquí para descansar . Era necesario que se

reiniciara. Venía de una sociedad libre y justa, gobernada por personas del mismo calibre y había estado sometido a una *hiperestimulación* negativa.

Demasiado para sus neuronas verdes, libres y justas...

Se vuelve a convertir en una bola. Cambia de color varias veces y, al final, emerge de nuevo. Me parece que brilla más.

–Eres un ser humano comprensivo. No has intentado hacerme daño y me has dejado reiniciarme sin que te importen las consecuencias– Sigo su mirada y veo el gran boquete, tamaño bola, que tiene *mi* precioso rectángulo de hierba – es por eso que , *puedo ofrecerte asilo planetario. Consideramos que es causa humanitaria vivir en este país, así que te ofrezco venir conmigo a...Flushhh.*

Le digo que no, que gracias. Muy agradecida, de verdad pero estoy segura que no conseguiré tele transportarme tan ricamente. Hay algo en eso de la reorganización molecular que sé que falla. Lo he visto en *Star Trek*.

No se espera demasiado. Me vuelve a dar las gracias, se vuelve a convertir en bola, esta vez plateada, y sale disparado a propulsión, hacia el infinito y más allá.

Entro en casa, confundida. Durante la tarde, tengo que salir al jardín un par de veces para ver el boquete que hay en la hierba. Es una prueba de lo que aquí ha ocurrido... Enciendo la televisión- *¿Alguien más habrá visto al alienígena, no?*- y están dando las noticias. Veo el informativo, completo, esperando que digan algo del extraterrestre , pero a medida que van desgranando la actualidad me doy cuenta del terrible error que he cometido.

Tenía que haberme ido a *Flushhh* con ese típico alienígena verde...

Literalmente.

Nunca pensé que una persona tan normal como yo, se convirtiera en un asesino.

La palabra “literalmente” es para mí, una maldición. Literalmente. Me he dado cuenta que hay muchas personas que la utilizan erróneamente. El otro día, en la televisión, escuché a un comentarista de un partido de fútbol, decir que un equipo se estaba comiendo al otro, *literalmente*... Si eso lo hubiese dicho yo... Miedo me da imaginármelo... Si eso lo hubiese dicho yo, los jugadores hubiesen practicado canibalismo en el campo. Así de literal.

Todo empezó hace unos meses, en la Fiesta Mayor de Litero, un pueblecito en medio de la montaña. Estaba pasando mis vacaciones en un apacible hotelito rural que mi mujer había localizado en una oferta-chollo en Internet. Entre las actividades propuestas, se encontraba la asistencia a las fiestas de un pueblo vecino... Mientras mi esposa bailaba acompañada por unas señoras que se empeñaban en no dejarla sola ni un momento, yo observaba el ambiente con un vaso de plástico lleno cerveza caliente en la mano. En una esquina de la plaza, había una atracción de una adivina. La adivina de Litero. Convencido que cualquier cosa era mejor que bailar con aquella horda de señoras exaltadas (incluida mi mujer), me acerqué a la figura de negro que sentada tras una mesa plegable, observaba a los demás, como yo hacía un instante. En su recorrido visual, sus ojos velados por las cataratas, se quedaron fijos en los míos. Me estremecí. Ahora me doy cuenta que ese escalofrío que recorrió mi cuerpo desde los pies hasta la punta de mi flequillo, era una señal. Una advertencia a la que hice caso omiso.

Tras pagar cuatro euros, me senté frente a ella. Pude comprobar que era muy anciana y que aquellos ojos, que me habían atemorizado, estaban ciegos. Me tomó de las manos e inmediatamente, antes de que pudiera sentir el contacto de sus dedos huesudos, las retiró como si hubiera sentido una descarga eléctrica. “No” – me susurró- “No puedo leerte el futuro, hijo mío.” No pude evitar preguntarle el motivo a lo que ella me respondió: *No insistas más. Estás maldito. ¿Maldito? ¿Cómo una señora con un aspecto siniestro, que se dice adivina, podía decirme que estaba maldito y quedarse tan tranquila? Aquello me irritó. “¿Cómo que “maldito”, señora?” – le pregunté alzando la voz. “Déjame, desconocido. Hay algo en ti que no me gusta”.*

Lo normal es que me hubiese retirado del lugar y me hubiese dedicado a mirar a mi mujer que ahora, bailaba un pasodoble con una de aquellas señoras pero me levanté, airado y le grité a la anciana: *“Oiga, le he pagado la tarifa. Me tiene que leer el futuro”* frase que finalicé cogiéndole las manos, en el que gesto que ella había iniciado antes de echarme de aquella manera tan extraña. Cuando contactaron nuestros dedos, sentí la fuerza de un rayo entrando en mi cerebro y oí a la anciana, jadeante: *“Suéltame, monstruo! Que la maldición de Litero caiga sobre ti!”*.

Llegados a este punto, los cincuenta habitantes del pueblo, rodeaban el tenderete y mi mujer me cogía del brazo, separándome de la anciana adivina que me miraba, desde su ceguera, con furia contenida.

Volvimos a casa y el incidente se convirtió en una de las anécdotas del viaje, que explicábamos en las cenas con amigos. Nada más hasta que...empezaron a pasar... cosas...raras. Literalmente.

La primera vez que ocurrió me encontraba en el trabajo. Mantenía una discusión con un compañero, hasta que harto, le espeté: *Vete a freír espárragos*. Cuál no sería mi sorpresa cuando veo que se va al comedor de la empresa, pide espárragos, una sartén, aceite de oliva y se pone a freírlos. Lo tomé como una bromita pero...algo en el vacío de su mirada me decía que las cosas no iban bien.

La segunda fue más dramática. Estaba, también, en la oficina. Nuestra empresa estaba atravesando dificultades y ya se habían producido algunos despidos inesperados. Así que cuando requirieron la presencia de Martínez en el despacho de gerencia, todos pensamos que era el siguiente. Al salir de la reunión, nos explicó que, simplemente, le habían pedido unos informes. Respiraba aliviado. Yo le dije: *¿Se te habrán puesto los huevos por corbata, no?* Lo que pasó después, es difícil de explicar. Tampoco querría dar muchos detalles pero, literalmente, se le incrustaron los testículos en la garganta. En el Hospital nadie se podía explicar cómo podían haber llegado hasta allí...

Hay que tener mucho cuidado con la “literalidad”. Literalmente significa “al pie de la letra”, “que sucede exacta y realmente como se expresa”... Y eso, es malo. No puedo evitar pensar en lo que ha pasado en muchos lugares con la interpretación “literal” en términos religiosos... Pero, para mí, “literalmente” es una maldición. Hay frases, expresiones de nuestro lenguaje que, cuando yo las verbalizo, se hacen literales.

A mi hermano, le acusé de *tirar la casa por la ventana*. Actualmente, está internado en un centro psiquiátrico, después de haber tirado todos los muebles y objetos de decoración por la ventana. Lo pararon cuando estaba intentando demoler unos tabiques para tirarlos, también, por la ventana.

A una vecina, que viajaba conmigo en el ascensor, al ver que estaba muy resfriada, le comenté que la veía *hecha una sopa* y, al instante, su ropa cayó desmayada en un charco de sopa (que por el aroma, podía ser un caldo de pollo).

Lo peor, por eso, ha sucedido esta noche... Sí, admito que mi amor por mi esposa, no estaba en sus mejores momentos. Es más, nuestra crisis avanzaba a pasos agigantados sin nada, ni nadie que pudiera pararla. Me irritaban todas sus frases. Sus gestos. Sus manías. Me ponía de los nervios...ella. Toda ella.

El día había sido especialmente difícil y, al llegar a casa, me la encontré dispuesta a entablar una discusión demoledora, con el único objetivo de complicarme la existencia. Había un momento estelar en esas batallas, en las que lloraba intermitente, mientras me miraba con unos ojos suplicantes y falsos. Hoy, cuando estaba en pleno apogeo del "*momento ojos de carnero degollado*" yo, la he odiado intensamente y ese ha sido el instante en el que he decidido ser...literal.

He sentido una perversa satisfacción en mi voz, cuando le he dicho: "*No me mires con ojos de carnero degollado*".

En pocos segundos, su cabeza ha caído hacia atrás, dejando expuesto su cuello degollado y unas orejillas peludas que emergían del nacimiento de su cabello. Me he sentido exultante. Había acabado con ella y había sido muy fácil, pero entonces...Entonces, he cometido el error de mirar sus ojos y en ellos, he visto reflejado a un asesino. Literalmente.

Esa imagen me persigue y me perseguirá el resto de mis días y sé que no podré vivir así. Sólo soy un hombre normal...He decidido acabar con esto, antes de que sea demasiado tarde.

Con estas líneas, dejo constancia de lo que aquí sucedió. Sé que a Su Señoría, el Sr. Juez, le vendrá bien para entender, sobre todo, el aspecto de carnero degollado de mi esposa. Me gustaría añadir que la vecina del 3°C, Hermenegilda López, no está desaparecida. Ella, se convirtió en sopa. También sospecho que el suicidio de Florencio García, que se tiró por una ventana, no fue tal y se debe a una desafortunada conversación que tuve con él, de esas en las que se dice *“Si te dicen que te tires por la ventana, ¿Tú te tiras?”* Su respuesta me incitó a contestarle *“Pues, tírate”*. Es evidente que se tiró.

Dicho esto, pongo fin a la maldición, literalmente.

“Tierra, trágame”

Antípodas.

Hay períodos en los que te sientes “*Tierra, trágame*”. Los acontecimientos te invitan a huir, a largarte, a desaparecer, a hacer que la tierra te trague y nadie te pueda encontrar... Estaba pasando una de esas etapas. Me sentía muy cansado y no sólo físicamente, también mi cabeza estaba a punto de explotar ante tantos asuntos a los que atender... Era consciente que mi equilibrio psíquico pendía de un hilo...

Fue entonces cuando me encontré ese extraño traje de buzo y el mapa. El traje era liviano y muy galáctico. Parecía del futuro... En cambio, el mapa estaba dibujado en una hoja manchada y amarilleada por el paso del tiempo. En el reverso, en una pulcra caligrafía, se explicaba el propósito del traje y dónde utilizarlo.

Básicamente, era un equipamiento especial para poder descender de un extremo a otro de la tierra, sin sufrir los inconvenientes de la presión, el aire, el magma y los efectos de la rotación. Con el traje de buzo, sólo tenía que saltar al túnel que cruzaba la totalidad del planeta, descender durante 42 minutos a una velocidad de 600 Km/h y aparecería en el otro lado, exactamente en las antípodas de mis coordenadas de salto que, por cierto, estaban muy cerca de mi casa.

Me fui al punto que marcaba el mapa, destapé el túnel y salté. No me lo pensé mucho. Bueno, la verdad es que no me lo pensé nada de nada. Supongo que es por eso, por lo que estoy flotando en el océano, a merced de las olas, protegido, eso sí, por mi traje de buzo galáctico...

Notas

En geografía, el **antípoda** o los **antípodas** (del griego *anti*: opuesto y *pous*, *podós*: pie, *del pie*; también son correctas las formas femeninas: la antípoda o las antípodas) es el lugar de la superficie terrestre diametralmente opuesto a otro lado de una posición en particular; es decir, el lugar de la superficie terrestre más alejado.

Los países que tienen sus antípodas en tierra firme son minoría. Teniendo en cuenta que las tres cuartas partes de la superficie terrestre están cubiertas de agua, la mayoría de túneles terrestres llevarían a un océano.

La Oferta.

Mi teléfono fijo suena sin parar. Estoy pensando en desconectarlo y decir a toda mi familia, amigos y contactos varios, que, a partir de ahora, me llamen al móvil, pero, cuando pienso en mi madre, que a sus ochenta años es el único número que almacena en su memoria, desisto en el acto de enmudecer el maldito teléfono. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si quiere llamarme?

Al principio, contestaba a las llamadas: *¿Quiere mejorar su tarifa eléctrica? ¿La del gas? ¿La de telefonía? ¿Quiere agrupar todos sus seguros? ¿Qué hay del seguro de vida? ¿Y va a renunciar al sorteo de un jamón sólo por no responder nuestra encuesta?*... Ahora, sólo levanto el auricular si conozco el número del que me llaman. No puedo absorber más ofertas comerciales, ni *Black Friday* ni *Ciber Monday* ni lo del jamón, pero... esa tarde, estaba distraída y pasaba por delante del teléfono en el momento en que sonaba y lo cogí. La voz del hombre que recitó mi nombre y apellidos, tal y como constan en el DNI, en vez de atemorizarme como en otras ocasiones, me sedujo. Sin quererlo, me oí responder *"Sí, soy yo"*

La voz profunda y sensual me anunció que tenía una oferta irresistible diseñada especialmente para mí. En vez de decir aquello de *"Gracias, ya estoy cubierta de todo, todo"* y colgar, le pedí que me explicara la oferta. ¿íí? ¿Qué me estaba pasando?

El hombre hablaba, intercalando unas pausas misteriosas como para confirmar que estaba entendiendo el mensaje. Yo, a cada pausa, contestaba con un *"Sí, sí"*. Acabé dándole el email, al que me envió la propuesta. Me llegó un número de pin al móvil (que también se lo había dado) para firmar digitalmente el contrato y en menos de diez minutos, ya era usuaria del servicio de mensajería especial *"WindWords"*.

Nunca hubiese dicho que esa llamada iba a cambiar mi vida. Sí, estoy bien. Muy tranquila. Diría, también, que *"feliz"* pero es un adjetivo con el que no me atrevo nunca, pero...estoy casi feliz. ¡Sí!

Yo *era* una de esas personas con hipersensibilidad a las opiniones de los demás. Las palabras de algunos me dolían. O me preocupaban o no me dejaban dormir. Sé que hay gente que sabe ser inmune a los sermones, reprimendas, críticas y comentarios, pero yo, no. A mí me afectaban mucho. Un ejemplo: mi cuñada dejando ir (como quien no quiere la cosa) que era una mala hija por no tener a mi madre viviendo en casa. Y yo, sabiendo que está perfectamente y que quiere vivir sola porque puede y quiere, sentir esas palabras taladrándome todo el día: “Mala hija, mala hija...”.

Ahora, todo es diferente. Me dices, querida compañera de trabajo, que me ves más estropeada y qué si me pasa algo y no me obsesiono con “*estoy mal y me ven mal, estoy mal y me ven mal*”. Llamo a WindWords o contacto vía su app y, a los diez minutos (no me explico cómo pueden ir tan rápidos) aparece un mensajero en mi puerta. En sus manos, lleva un extraño recipiente que parece no pesar nada. Me da una hoja de un material liviano y escribo las palabras que me han fastidiado el día. Firmo el comprobante y se va. A los pocos minutos, siento una brisa ligera y ya no le doy la más mínima importancia a lo que me ha dicho este o el otro. Me importa un pimiento. Ni me acuerdo...

Una vez, le pregunté al mensajero, por el destino de esa urna volátil y me respondió con una sonrisa: “*Lo único que debes saber es que las palabras se las lleva el viento*”.

Cada vez que lo pienso, juraría que el mensajero tiene la misma voz poderosa que el tipo que me vendió la oferta...